



Obras de mampostería

Luis Fernando Abello

La construcción de la escritura puede provocar una irreparable ceguera a la hora de exponer a la luz las irremediables palabras que el *ser* no soporta desde las eternidades de un inframundo ulterior de soledades ubicuas. El mampostero (escritor) debe amalgamar una cantidad de piedras, de imágenes que serán moldeadas por las mismas. Debe construir su pared con gran argamasa para que ellas se sostengan y tengan la oportunidad de convertirse en piedras, ser la parte exterior de la historia donde las incansables penumbras soportan diferentes discursos. La paradoja, demasiado necesaria, es que es su misma construcción se romperá, no resistirá sostenerse, debe inclinarse y

aplastar a su creador, para que de estos mismo escombros se cimienten otros escritos, otras dificultades, otros infiernos.

De esta manera, el escritor tolimense Nelson Romero Guzmán, nos lleva a estas construcciones poéticas del desarraigo con el mundo y su comprensión con el mismo en su poemario *Obras de mampostería*, en donde la creación de la palabra toma distintos diálogos con la naturaleza, Dios, la escritura, la náusea, la nada, el hombre... En sus primeras palabras, mantiene ese contacto con la eternidad, con la historia en el marco de las piedras, ya que ellas son las únicas que se han mantenido al recuerdo de los hombres: “*Es de piedra este fondo oscuro / las azucenas dan a luz más azucenas*”. Vemos como la contraposición de imágenes establecen un paralelo entre lo oculto, lo misterioso y las azucenas, flores que revelan o revelarán para el ser, una tranquilidad, una luz. El fondo debe mantenerse oscuro, no quebrantarse, por más delicada que sea una flor debe reflejar el misterio con las rocas, porque:

Allí,
Mientras la cumbre florece,
Acá la piedra alza sus mamposterías
Para que en sus cuartos
Veamos la historia.

Para Nelson, la piedra y la flor van creciendo paulatinamente en un marco paralelo a la historia. Las piedras son los constructos de milenios que han soportado las catástrofes de toda la humanidad y el planeta, por ello esas mismas rocas deben erigirse como las parteras de la historia para

subrayar a los hombres que quisieron o ¿quere-mos? ser inmortales, sabiendo que la piedra ha construido nuestro cuartos, y nuestras cavernas para que dentro de ellas podamos reflexionar y comprender que de ellas dependemos para comprender la historia que nos ha alcanzado como seres inertes entre piedras andantes.

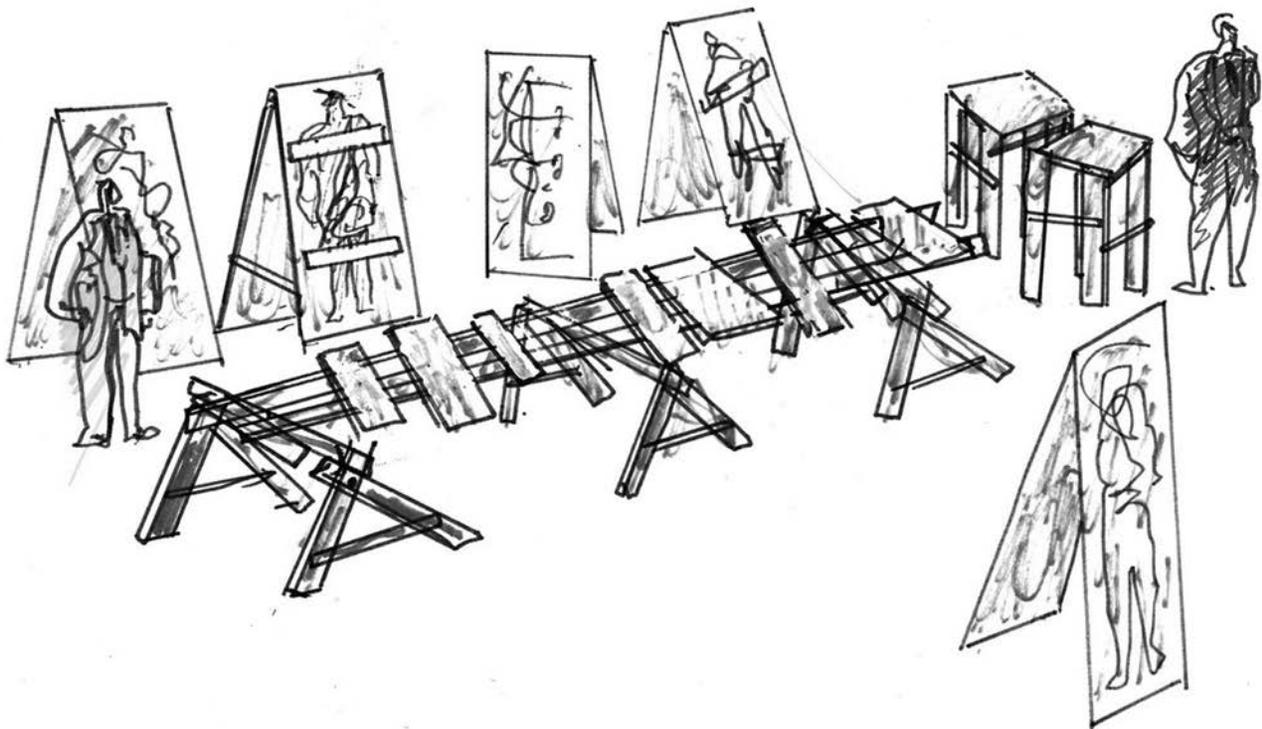
Sin embargo, las piedras han dejado unas sospechas para entrar y para no hacerlo: “*Nadie ha podido entrar por esa hendidura*”. Es decir, que a través de las pequeñas grietas que los mamposteros históricos han dejado se pueden filtrar pequeños fragmentos del ser, de sus mitologías, de sus cauces de dolor: “*la guerra y la hambruna / el elfo y la anguila / la exilia y el llanto*”. Por mucho tiempo se creyó, o se cree, que por medio de las guerras se ha construido las civilizaciones, el mundo. Pero en las palabras de Nelson vemos que el ataque más directo para la guerra es las causas que deja, el hambre. Todas nuestras angustias deben desplazarse hacia el dolor, el no pensar causa desasosiego. Las culturas Celtas han compartido todo ello con los rituales que se caracterizan por la manifestación del águila como un ser que renueva las visiones de los hombres y recorre miles de lugares. En el poema, el exilio se ve contrapuesto a las imágenes que mencionamos con anterioridad, porque la “civilización” ha desplazado miles de culturas míticas, cosmogónicas, para entablar la razón como única prueba de vivencia entre los lamentables seres.

Pero aún queda por preguntarnos “¿*Qué hora es en ese reloj muerto? / Son todas la horas*”. Existe un reloj que nos perturba, que está dentro de



nosotros. Dicho panorama puede verse en las facciones de nuestro rostro, no hay un tiempo circular, ni un eterno retorno, solamente existe el tiempo dentro del tiempo. Todas nuestras piedras (historias) se han desteñido por el paso irrefutable de los años, nuestras vivencias ya no son vivencias, son obras del mampostero que ha creado dentro de nosotros la ilusión del tiempo. La ilusión la convertimos en recelo, por lo tanto, debemos tragarnos sus minutos para no perturbarnos con los acontecimiento ¿falsos?: “*Sigamos sin coordenadas / porque fuimos elegidos para asesinar a Saturno / el dios que devora a sus hijos*”. Es mejor romper las profecías, quebrantarlas, que continuar con la angustia de regresar nuestro trono. Saturno (Cronos), prefirió morir antes de verse arrodillado por sus hijos. Para estas mitologías el orgullo supera toda forma de sensibilidad y

en la guerra se debe ser partícipe ante la necesidad de la muerte, no buscando la victoria o la derrota. Ahora, el reloj, la piedra, el hombre, la nada... se establecen como confrontaciones entre “*El iluminado y el oscuro*”, entre el deseo de ver y la ceguera, pero la oscuridad debe tratarse como una dualidad entre la reflexión y el destello del pensamiento, ya que él se convierte en la delicadeza de nuestro ser, de nuestra escritura: “*Él me manda a escribir este poema en blanco / con la tinta del oscuro*”. La luz y la oscuridad sólo existen porque lo creamos y lo creemos, porque lo escribimos. Y de esta dualidad se alimenta nuestro espíritu para ver pasar por ante los ojos el tiempo arrastrando las semillas de los cadáveres. En *Obras de mampostería*, observamos como las mitologías hacen mella en la sangre de los hombres salvajes, ya que con sus palabras entona el llamado a



recuperar nuestras adoraciones, nuestros ritos con y para la naturaleza:

Voy a adorar al sol,
voy a construir Tenochtitlán,
luciré la plumas del emperador,
me uniré a la fuerza del águila
y al poder de la serpiente.

Reconstruir las huellas mitológicas parece una tarea inconclusa, cierto, pero dentro de esta nada, se encuentra nuestra sangre guerrera, nuestra ideología como suramericanos occidentalizados por la violencia y el engaño, oscureciendo nuestras manifestaciones por medio del líquido vital para recordar las guerras, alabar a los dioses, al contacto con la naturaleza, ese eterno retorno a nuestro pasado derramado con sangre: *“Prefiero esa guerra / donde se reúnen las lanzas / a celebrar el rito de la sangre”*. Aún queda el abandono del llamado de los dioses por reclamar sangre humana. Sin el ritual el hombre sería simplemente un animal erguido por la náusea de la vida, por el instinto. Pero el rito también es instinto, es necesidad de ver dolor, de ver su propia sangre arrastrándose junto con la serpiente, ya que sin ello, se convertirá en un ente sin musicalidad: *“sin lenguaje en su garganta, / animal erguido de dolor, / venganza de un dios impío”*. Debemos volvernos cenizas, retornar a los rituales para ser hombres. La existencia de las cosas, de las ausencias, se hace necesaria reconocerlas. En el budismo zen, las cosas se convierten en realidad cuando la apartamos de nuestros deseos, y es de esta manera que *“Las piedras / los muros que tocas / no existen a fuerza de*

no existir se hacen palpables”. Todas nuestras dudas deben convencernos en la terquedad de las ausencias, de auscultar las necesidades del humano, puesto que *“la casa existe porque no existe”*. Debemos aceptar el hecho de pensar en la materia, pero debemos aceptar nuestra ausencia al pensar en la energía, en el espíritu, en las construcciones invisibles. Somos el patrimonio de la nada, obra del mampostero, del olvido nauseabundo que recorre la carne que algún día olvidará que fuimos menos que nada, más que olvido y recelo.

Pero debe quedar una interrogante más *“¿Dios es real porque no existe?”* La misma pregunta da la respuesta, porque existe no existe, si es nuestra convicción, nuestra trama, nuestro teatro, nuestra angustia. La realidad debe observar con una interioridad palpable a la sangre de la guerra por la respuesta equivocada, ya que *“¿También la guerra existe porque no es real?”* Serían lados opuestos, pero hacen parte de la misma *“redondez”*, deberían ser lados opuestos, pero el hombre ha preferido ser piedra entre las piedras y generarse como lama entre los escombros de las guerras por saber cuál es el Dios verdadero. Debe haber una grieta que no deje filtrar la realidad, debe existir una sombra que está con nosotros para saber la verdad; y ella debe provenir de los rituales, de las manifestaciones cósmicas:

El brujo hizo con humo este planeta.

El aire es una pared caída – dijo.

La muerte es otro orden dentro del orden – sentenció.

La creación del hombre es una maniobra del humo –dijo.



El hombre, es, en dichas instancias, la armazón de una pared, las tripas del aire, la construcción de la muerte dentro del ciclo de la otra muerte. El humo y la muerte son el todo y la nada, no son lados opuestos, son construcciones constantes, incesantes, del dios hambriento del tiempo. Ya no somos parte de los minutereros, somos parte del mordisco de la guayaba, “del hambriento mordisco del otro lado”. El brujo debe haber visto su creación y tal vez arrepentirse, no por la sagacidad y olvido de los dioses, sino porque el hombre ¿debe? ¿Quiere? ¿Es? Dios. Por eso “Lanzó llamas para apagar la creación / pero ya era tarde”.

Finalmente, el lector –mampostero-, debe eri-

gir su piedra y desentrañar las dudas que han combatido a los hombres, la tierra debe estremecerse con las palabras del hombre que desea rascar los cielos, acariciar los infiernos. Robar, sinónimo de inocencia, saltar, ascenso hacia lo bajo. Ciego, sinónimo de música: “*Se me revela de pronto o alucino. Es una redondez expulsada del círculo,...El ciego tañe en su instrumento mustio la canción que nos cuenta de alguien que acaba de retornar de un paraíso amargo y las lágrimas acompañan sus notas*”.

Referencias Bibliográfica

ROMERO GUZMÁN, Nelson. *Obras de mampostería*. Alcaldía mayor de Bogotá, 2007.

